

BIBLIOTECA SELECTA
PARA
LOS NIÑOS

ANDERSEN

LIBRO DE ESTAMPAS



GARNIER HERMANOS
EDITORES

LIBRO DE ESTAMPAS

SEGUIDO DE

EL ESLABÓN

PARIS. — TIP. GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES.
6, RUE DES SAINTS-PÈRES.



La niña rompió á sollozar (pág. 48).

587
2

BIBLIOTECA SELECTA PARA LOS NIÑOS

LIBRO DE ESTAMPAS

(VEINTE Y NUEVE CUENTOS)

SEGUIDO DE *EL ESLABÓN*

POR

ANDERSEN

TRADUCCIÓN CASTELLANA DE GARCÍA-RAMÓN

ILUSTRACIONES DE VAN'DARGENT

5624

TERCERA EDICIÓN

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

PARIS

LIBRERIA ESPAÑOLA DE GARNIER HERMANOS

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1896

112X17



LIBRO DE ESTAMPAS

¡Efecto singular! En los momentos en que más vivas y profundas son mis emociones, se halla mi lengua como paralizada; no sé decir ni expresar como quisiera lo que en mí pasa, y sin embargo soy pintor; mi vista me lo dice y cuántos han visto mis croquis y dibujos convienen en ello.

Soy un pobre muchacho; habito en uno de los ca-

llejones más angostos de la ciudad, pero mi habitación no carece de luz, pues se encuentra en el último piso y tiene una magnífica vista sobre los tejados. Durante los primeros días que habitaba la ciudad, mi morada me pareció triste y solitaria: en vez de los bosques, de las verdes colinas que hasta entonces había tenido á la vista, no veía más que el cielo y las negras chimeneas. No tenía un solo amigo, ninguna cara conocida me saludaba.

Una noche estaba á mi ventana, mirando tristemente delante de mí. ¡Ay! ¡qué gozo inundó de pronto mi corazón! Vi un rostro bien conocido, un rostro redondo y amable, el de mi mejor amiga: la faz de la luna. Esta querida y anciana luna me miraba con la dulce mirada que me encantaba en otro tiempo, cuando al lado de los pantanos de mi país lucía por entre las ramas de los altos sauces. La envié un beso; iluminó mi cuarto y me prometió venir todas las noches, al punto de comenzar su carrera, para hacerme compañía un momento.

Ha cumplido fielmente su palabra y es lástima que sólo pueda concederme tan pocos instantes. Cada vez que sale, me cuenta lo que de interesante ha visto la noche precedente, y á veces la misma noche.

— Traza mis relaciones con el pincel ó la pluma, me dijo en su primera visita y tendrás un bonito libro de estampas.

He seguido su consejo, y tengo, en mi cartera bastantes bocetos para una nueva collección de las *Mil y una Noches*. Pero, tal vez sería demasiado voluminoso; sólo os doy algunos de mis croquis, sin escogerlos, por orden cronológico. Un pintor de genio, un poeta, un músico podrán hallar asuntos para una obra maestra. Yo me contento con indicar los contornos ligeramente. Sabed, además, que mi amiga no venía á verme todas las noches, pues á veces horribles nubarrones nos separaban durante varios dias.

PRIMERA NOCHE

La noche pasada, — son las palabras textuales de la luna, — resbalaba por la límpida atmósfera de las Indias; mi cara se reflejaba en las aguas del Ganges, y mis rayos trataron de penetrar por entre el espeso follaje de un bosquecillo de plátanos, cuyas copas formaban como el caparazón de una tortuga. He aquí que de bajo los árboles sale una joven india, ligera como un gamo, bella como Eva en el paraíso. ¡Qué figura ideal, aérea! Era la gracia en persona y un carácter tan firme! Bajo la fina epidermis veía agitarse sus tumultuosos pensamientos. Las espinas desgarraban sus sandalias, pero adelantaba con rapidez.

Á su paso, los animales salvajes que volvían del río donde habían apagado su sed saltaban á un lado asustados. En una mano llevaba una lámpara encendida, y con la otra resguardaba la llama del soplo de la brisa; á través de sus delicados dedos circulaba una sangre pura, del color de los más hermosos rubíes.

Llegó á las orillas del sagrado río, colocó con precaución sobre las ondas su lámpara de palo de sándalo, y el agua la llevó. La llama vaciló y pareció fenecer, pero se reanimó y siguió ardiendo. Los relucientes y negros ojos de la joven, que brillaban bajo sus largas y sedosas pestañas, seguían con mirada ansiosa los movimientos de la llama. Sabía que si la lámpara permanecía encendida hasta que su vista pudiese seguirla, su prometido, que estaba en tierra extraña, vivía aún; si la llama se apagaba antes, es que había muerto.

La lámpara seguía vogando; en breve la llama pareció un pequeño punto luminoso, pero seguía ardiendo; brillaba aún cuando desapareció en una revuelta del río. La joven cayó de hinojos, y del fondo del alma dirigió á Brahma, su dios, una ardiente acción de gracias; á su lado, pasó silbando una serpiente venenosa, pero no hizo caso. « ¡Vive! » exclamó con alegre acento, temblorosa de emoción. « ¡Vive! » repitió el eco de la montaña, « ¡vive! »

SEGUNDA NOCHE

Ayer, contó la luna, miraba en un patio estrecho, rodeado de casas. En un gallinero dormía una gallina con sus once polluelos á su alrededor. Una linda niña saltaba y bailaba por allí cantando; la gallina se despertó, y, espeluznada, tendió las alas sobre sus hijos. Llegó el padre de la niña y la riñó. Yo pasé y en breve hube olvidado este ligero suceso. ✕

Esta noche, hace algunos momentos, miraba de nuevo en el mismo patio, y todo estaba silencioso y tranquilo, cuando llegó la niña; con mucha, con muchísima suavidad, corrió el cerrojo del gallinero y se introdujo hasta cerca de la gallina que dió gritos de terror; los polluelos asustados corren á todos los rincones; la muchacha trata de coger á la madre. Veía la escena muy claramente por los agujeros de la pared, y estaba irritada contra la niña mala y me alegré mucho cuando llegó el padre para reñir á la niña más que la víspera; la asió bruscamente del brazo y la sacó fuera del gallinero. La muchacha echaba la cabeza hacia atrás; vi sus grandes ojos azules llenos de lágrimas.

— ¿Por qué atormentas á esos pobres animales?, dijo el padre con acento irritado.

La niña, deteniendo sus sollozos respondió :

— Quería besar á la gallina y perdírle perdón de la pena que le causé ayer. He hecho mal, papá mío, de no pedirte permiso.

El padre dió un beso en la frente de la tan cándida é inocente niña, y yo la besé en los ojos.

TERCERA NOCHE

Anoche, dijo la luna, he asistido á la representación de una comedia en una pequeña ciudad de Alemania. Representaban en una cuadra transformada en teatro; habían despejado las casillas de los caballos y las habían convertido en palcos. Las paredes estaban cubiertas con papel de color; del techo, que no era alto, colgaba una diminuta araña de hierro; á fin de poder bajar la luz en la sala, como se hace en los grandes teatros, cuando el director de escena deja oír el *kling-kling* de su campanilla, habían colocado encima de la araña un tonel abierto.

Kling-kling: la araña de hierro, tirada por una cuerda, sube y desaparece en el tonel; era la señal que anunciaba el principio de la función. Un príncipe y su esposa, que estaban de paso en la ciudad, habían deseado asistir á la comedia; el gentío había acudido

para ver á Sus Altezas Serenísimas, y la sala estaba llena ; no había un sitio vacío, excepto debajo de la araña, pues caían á cada momento gruesas gotas de cera.

Lo veía todo; hacía tanto calor á causa de la gente que habían abierto todas las ventanas, y por allí miraba yo; las criadas y criados hacían lo mismo que yo y echaban por las ventanas miradas deslumbradas á la sala; toda la policía del lugar estaba de servicio en el interior; los agentes amenazaban con sus palos á los curiosos del exterior, pero sin conseguir que se moviesen.

Cerca de la orquesta, Sus Altezas estaban sentadas en dos antiguos sillones que de ordinario ocupaba el burgomaestre y su esposa; pero, aquel día, el representante de la autoridad y su mujer, una dama muy arrogante, habían debido sentarse en vulgares bancos de madera, como los simples ciudadanos. Las mujeres de los notables del lugar estaban muy contentas de que fuese así y se murmuraban al oído : « Da gusto ver á una gente tan enorgullecida de su puesto aplastadas por personajes de un rango más elevado. »

La fiesta tenía así una curiosa solemnidad; la araña subió dentro del tonel, bajó é hizo muy bien su papel; cuando los criados asomaban mucho la cabeza por las ventanas, les daban en las narices; la comedia no duró mucho, y yo, la luna, pude asistir á toda la representación.

CUARTA NOCHE

Ayer, comenzó la luna, pasando por encima de París, la gran ciudad agitada aún por una revolución, dejé vagar mis miradas por entre las habitaciones de las Tullerías. Una abuela, pobremente vestida, perteneciente á la clase popular, seguía á un criado subalterno: llegaron á la gran sala del trono, desierta. Allí se detuvo; era el sitio que había querido ver á toda costa, y no había economizado pasos ni buenas palabras, ni aún sacrificios pecunarios, para llegar al colmo de sus deseos.

Juntó sus manos flacas y miró á sus alrededor con aire respetuoso, como si estuviese en un santuario.

— ¡Era aquí! dijo, ¡era bien aquí!

Se acercó al trono, de donde colgaba un paño de terciopelo bordado con ricas franjas de oro.

— ¡ Ahí, ahí era! exclamó.

Y cayendo de rodillas, puso un ardiente beso en el paño; creo que lloraba.

— Sí, pero no era ese terciopelo, dijo el criado, que no supo ocultar una ligera sonrisa.

— Pero, era aquí, dijo la vieja; la sala estaba así.

— Es según y conforme, replicó el criado; estaba

así y no lo estaba; las ventanas estaban rotas, las puertas derribadas, la sangre corría por el pavimento. Sin embargo, vos, al menos, podéis decir: « Mi nieto ha muerto en el trono de Francia. »

— ¡ Muerto, ¡ ay de mí! ¡ muerto! dijo la abuela sollozando.

Callaron, y en breve salieron de la sala. Todo esto había pasado poco después del crepúsculo; mi luz aumentó y mis rayos hicieron brillar el terciopelo que adornaba el trono. ¿Quién podía ser esa vieja? te preguntas; voy á contarte su historia.

Era cuando la revolución de Julio, el día de la victoria definitiva; las casas se habían convertido en fortalezas, las barricadas se acercaban al palacio de las Tullerías; en fin, el pueblo fué á sitiario. Mujeres y niños había entre los sitiadores; los insurrectos, después de una ligera resistencia, penetraron en las regias habitaciones.

En primera fila de los combatientes se distinguía por la audacia un muchacho harapiento: de pronto recibió varios bayonetazos en el pecho y cayó mortalmente herido; esto ocurría en la sala del trono.

Lo levantaron ensangrentado y lo colocaron sobre el trono de Francia, después de haberlo envuelto en el paño de terciopelo que adornaba el regio sitial; su sangre tiñó de púrpura el paño. ¡Qué cuadro! En medio de la espléndida sala, las figuras sombrías de

los insurrectos, ebrios aun del furor de la lucha. A tierra, un estandarte roto, la bandera tricolor agitada triunfalmente por los vencedores. En el trono, el desgraciado muchacho de rostro pálido, con los ojos fijados extáticamente en el cielo, mientras que su pobre cuerpo se agitaba en las angustias de la agonía; en su desnudo pecho se veía la herida abierta; sus andrajos asomaban bajo el magnífico terciopelo bordado de lises.

Cuando este niño estaba en la cuna, una adivina le había pronosticado que moriría en el trono de Francia. Su madre, su abuela habían soñado para él la suerte de un Napoleón.

Mis rayos han besado la corona de siemprevivas que adorna su tumba; han besado la frente de la abuela, cuando contemplaba ayer, como recuerdo, el triste cuadro del pobre niño muriendo en el trono de Francia.

~~QUINTA NOCHE~~

He ido á Upsal, en Suecia, dice la luna; dirigí mis miradas sobre la vasta llanura que da tan pobre hierba y cuyos campos son tan poco fértiles. Me miré en

las aguas del Fyris, mientras que el vapor impulsaba á los peces hacia los cañaverales de la orilla. Encima de mí flotaban nubes que proyectaban grandes sombras sobre montecillos que, según las tradiciones escandinavas, serían las tumbas de Odín, de Thor y de la diosa Freya; estas colinas están cubiertas de musgo donde hay tallados los nombres de los visitantes de este célebre lugar. No pueden grabar sus nombres en la piedra; no hay allí rocas dónde puedan hacerlos pintar; en este caso, hacen arrancar un pedazo de musgo para dejar una huella de su paso; sobre los montecillos se extiende una red de letras muy bien trazadas. Pero, muy lejos de immortalizarse, estos nombres se borran tan luego la primavera hace renacer el musgo.

En la más alta de estas colinas había un bardo inspirado; vaciaba un antiguo cuerno de marfil, artísticamente cincelado, adornado con una ancha boca de plata y lleno de hidromiel, la bebida de los antiguos escandinavos. Murmuró un nombre que le era querido, pero suplicó á los vientos que no lo llevaran lejos, que no lo divulgaran. Oí este nombre; conozco á la que lo lleva; una corona condal orna sus sienes; por esto el poeta no lo pronunció muy fuerte; pero, ¿no lleva también él una corona? Á la gloria del Tasso está unida la fama de Eleonora de Este. Sé dónde florece la rosa de belleza que enajena al bardo sueco.

Así habló la luna; una nube la ocultó á mis ojos. ¡Qué ninguna nube oculte al poeta el astro que ama!

SEXTA NOCHE

Á lo largo de la playa se extiende una magnífica selva de hayas y seculares pinos; reina en ella un olor fresco y vivificador. En la primavera, centenares de ruiseñores la animan con sus cantos suaves. Al lado se halla el mar, el mar que cambia de continuo; entre el Océano y el bosque no hay más que un ancho camino donde pasa un coche en pos de otro.

Mis miradas, en estos lugares, dice la luna, reposan con gusto sobre un punto donde se eleva una tumba de gigantes, cubierta de espinas y abundante maleza que corre por las rocas; la naturaleza es selvática, llena de una severa poesía. ¿Qué sentimientos crees que inspira á los hombres este espectáculo? Voy á decírtelo y repetirte lo que les he oído decir ayer tarde y durante la noche.

Primero pasaron en coche dos ricos propietarios.

— ¡Qué magníficos árboles! dijo uno.

— ¡Soberbios! dijo el segundo. Cada uno daría diez carretas de leña. El invierno será duro, y el precio de la leña pasará aun de catorce escudos lo que se

pagaba el año pasado por carretada. ¡Calculad el dinero que se sacaría cortando este bosque!

No oí más, pues el coche había torcido un codo del camino.

Vino otro coche.

— ¡Qué detestable senda! dijo el que lo conducía.

— Es la culpa de esos malditos árboles, respondió su compañero; detienen los vientos de tierra; el aire no tiene suficiente viveza, y el agua de las lluvias no seca bastante pronto; el camino está echado á perder y lleno de baches.

El ruido de las ruedas sofocó el resto de su conversación. Llegó la diligencia. Todos los viajeros dormían profundamente; ninguno habia permanecido despierto para admirar este magnífico sitio. El postillón tocó su bocina; pero he aquí exactamente lo que pensaba en aquel momento:

« ¡Qué bien toco mi instrumento! ¡Qué bien resuena en este sitio y qué hermoso efecto de eco produzco! Me gustaría saber si mis viajeros me admiran como lo merezco. »

La diligencia estaba ya lejos, cuando aparecieron dos jóvenes montados en briosos corceles.

« He aquí juventud y vida, me dije; la sangre hierve en ellos y este soberbio espectáculo va á conmoverlos. »

En efecto, miraron con una sonrisa una colina cu-

bierta de musgo y rodeada de árboles frondosos.

— Por ahí me gustaría pasearme con Cristina si llega á ser mi esposa, dijo uno.

El viento se llevó la contestación del otro.

Luego hubo una calma completa: no soplaba la más ligera brisa; inmóvil estaba el mar, y mis rayos se reflejaban en él como en un inmenso espejo. Los aromas de las flores y del bosque embalsamaban deliciosamente el aire. Pasò de nuevo un coche; de las seis personas que contenía, cuatro dormían; la quinta, una mujer hermosa, pensaba en el efecto que su nuevo traje produciría en el próximo baile. La sex'a preguntó al cochero si la colina, la tumba de gigantes de que te he hablado, era una cosa notable.

— ¡ Nada de eso ! respondió ; es un montón de peñascos, pero los árboles son notables.

— ¿ Por qué ?

— Voy á decíroslo, respondió el buen cochero. Cuando en invierno la nieve es tan alta que no se ve huella alguna de camino, estos árboles me guían para encontrar mi ruta ; sigo la linde del bosque y estoy seguro de no ir á dar con mi coche en el mar. Convenid en que esos árboles son muy dignos de elogio.

Llegó un pintor; sus ojos brillaban contemplando el paisaje; no dijo una palabra, pero silbaba un aire alegre. Los ruiseñores cantaban con ahinco.

— ¡ Callaos, insoportables charlatanes ! exclamó.

Y anotando con exactitud los tonos que tenía á la vista añadió :

— Azul, lila, moreno obscuro, hará un bonito cuadro.

No comprendía mejor el paisaje que habría podido hacerlo un espejo en el que se hubese mirado esta hermosa naturaleza ; se marchó silbando una marcha de Rossini.

Ví por último llegar una joven, vestida pobremente, con un pesado fardo ; para descansar, se sentó sobre la tumba de los gigantes. Con su carita pálida vuelta hacia el bosque, escuchaba el melancólico cantar de los ruiseñores ; sus ojos brillaban ; conmovida, contemplaba el vasto Océano y el estrellado firmamento. Juntó las manos, y creo que dijo un *padre nuestro*. No comprendía el sentimiento que la dominaba y la removía hasta el fondo del alma ; pero sé que, aun muchos años después, este minuto le quedará grabado en la memoria, y que el recuerdo le retratará este sublime espectáculo más fielmente que el cuadro que compondrá el pintor ; mis rayos siguieron á la inocente joven hasta que la aurora vertió sobre su frente una claridad más viva que la mía.

SÉPTIMA NOCHE

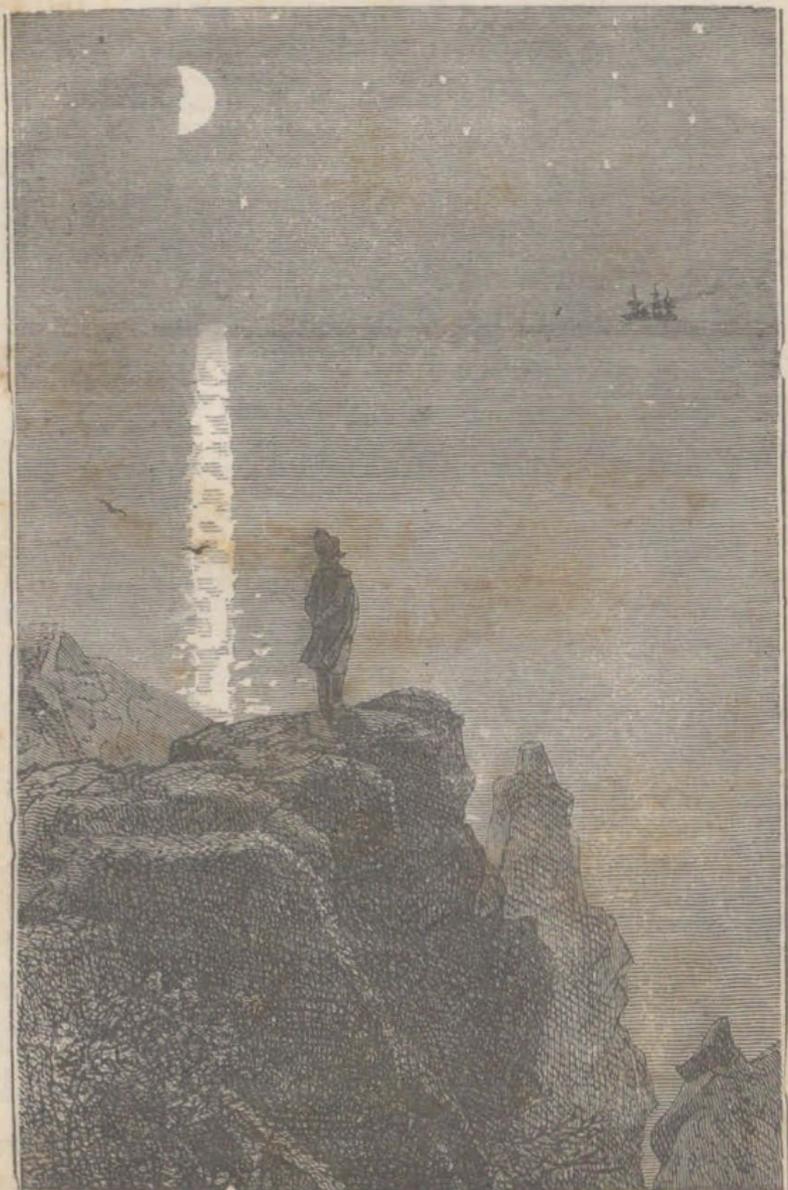
Pesadas nubes recorrían el cielo ; no brillaba la luna ; yo permanecía solitario en mi ventana, mirando al punto del firmamento donde debía encontrarse el astro que esperaba. Mis pensamientos iban hacia mi grande amiga que tan lindas historias me había contado ya.

« ¡ Qué no ha visto ! me decía. Sus rayos resbalaban sobre las aguas del diluvio ; cómo hoy á mí, sonreía á Noé cuando salió del arca, y su dulce claridad fué el presagio del nuevo mundo que iba á lucir.

» Cuando el pueblo de Israel estaba bañado en lágrimas cerca del río de Babilonia, miraba melancólicamente hacia los sauces de donde colgaban las arpas de los prisioneros. Cuando Romeo subió al balcón, levado por las alas del Amor, la luna llena, medio oculta detras de los cipreses, resplandecía por el aire transparente y puro. También vió al héroe prisionero de Santa Elena, cuando, desde la cima de su solitaria roca, contemplaba el inmenso Océano, mientras que gigantescas ideas se agolpaban en su cerebro.

» Sí, ¡ cuántos relatos podría hacer la luna ! La vida de la creación, la historia de la humanidad es para

ella lo que sería para nosotros el espectáculo de una interna mágica ó un álbum divertido.



» ¡Ay! hoy no te veré, mi única amiga. Hoy no po-

dré delinear boceto alguno en recuerdo de tu visita. »

Mientras soñaba así contemplando la carrera de las nubes, éstas se abrieron un poco; un rayo de luna atravesó el espacio, pero para desaparecer en breve: las nubes sombrías se juntaron, y la noche quedó negra. Pero, había recibido de mi amiga un gracioso saludo; no me había olvidado.

OCTAVA NOCHE

Se aclaró el cielo de nuevo; pasaron varias veladas. La luna estaba en el cuarto creciente y no se detenía para hablar conmigo. Luego, llegó una noche en que se quedó para contarme lo que sigue: escuchad bien.

Seguí con la vista una bandada de aves polares hasta la costa de Groenlandia. Enormes y desnudas rocas, con la cima cubierta de nieve, se alzaban en la playa; una niebla densa obscurecía los aires. Pero, penetrando en las tierras, descubrí un valle encantador, que altas montañas abrigaban por doquiera. Había bosquecillos de sauces y matas de mirtilo; la licnídea que allí crece esparce un dulce aroma. Pálidos eran mis rayos en aquellas regiones del extremo norte, y no tenía mi rostro más color que un nenúfar que se-

parado de su tallo habría vogado semanas enteras por la superficie de las aguas.

De pronto se iluminó el horizonte; la corona de una aurora boreal apareció en el cielo; lanzaba una magnífica trenza de rayos que subían como columnas de fuego é iluminaban el cielo con brillante tono purpúreo.

Vi acercarse un grupo de indígenas reunidos para entregarse á regocijos, á danzas y juegos. Estaban acostumbrados al soberbio espectáculo de la aurora boreal: apenas fijaron en ella su vista.

— Juguemos á la pelota con las cabezas de las focas, dijo uno de ellos, como hacen las almas de los muertos.

Esta era su creencia. Comenzó el juego y en breve se animó mucho; resonaban gritos de una alegría bulliciosa. Luego un groenlandés se quitó sus pieles, se colocó en medio del círculo, y, tocando un tamboril, entonó un canto sobre la caza del perro marino: el coro respondía con el estribillo: *¡Eia, eia! ¡Ah!* Y en este momento, cubiertos todos con sus pieles blancas, bailaban en círculo; se habría dicho un baile de osos blancos; daban atrevidos saltos, hacían salvajes contorsiones, meneando la cabeza y los brazos como insensatos.

Acabaron por calmarse; se sentaron en las rocas, fingiendo constituirse en tribunal para juzgar las nue-

vas disidencias ocurridas desde la última asamblea. Se presentó uno á quejarse, imitó con arte consumada las actitudes de su adversario, y bailando al sonido del tamboril formuló sus quejas. La parte contraria se adelantó en seguida y se defendió del mismo modo, imitando también muy hábilmente á su rival. La asamblea rompió á reír y pronunció el fallo.

Sopló un terrible vendabal, haciendo temblar las rocas y crujir las nieves; enormes masas de hielo se hundieron con estrépito. Luego cesó el huracán, y tuve el espectáculo de una de esas magníficas y serenas noches del estío que constituyen el encanto de esas regiones polares.

Á algunos centenares de metros del sitio en que se había efectuado la danza, un enfermo yacía bajo una tienda de pieles, abierta; su sangre caliente circulaba rápidamente y parecía aún llena de vida. Debía morir empero; estaba persuadido de ello, y todos los asistentes también. Su esposa cosía un sudario de pieles para meterlo en él antes de que muriese, pues es dañoso tocar los cadáveres. Y le preguntó:

— ¿ Deseas ser enterrado en la roca, entre la nieve endurecida? Adornaré la tumba con tu arco y tus flechas. Los vecinos bailarán al rededor en honor tuyo. ¿ Ó prefieres ser echado al mar?

— ¡ Al mar! murmuró el enfermo con melancólica sonrisa.

— Es el mar tienda agradable para el verano, dijo la mujer. Te distraerás viendo los juegos de los miles de perros marinos que habitan el fondo del Océano ; miles de focas dormirán á tus pies ; podrás cazarlas sin peligro.

Lo metió en su sudario ; sus hijos arrancaron la tienda, y llorando, dando gritos de dolor, llevaron á su padre hacia la playa ; allí lo abandonaron á las espumantes olas ; el mar que lo había alimentado durante su vida, debía servirle de campo de reposo después de su muerte. Montañas de hielo que llevaban las olas fueron su monumento funerario.

NOVENA NOCHE

Conocía una solterona, dijo la luna ; todos los inviernos llevaba la misma falda de raso amarillo, que hacía mucho tiempo había pasado de moda, pero siempre estaba limpia. Todos los veranos la veían con el mismo sombrero de paja y creo que con el mismo traje de un azul gris.

No salía más que para visitar á una anciana amiga suya que vivía enfrente ; y, en estos últimos años, no pasaba del dintel de la puerta, pues la anciana señora había muerto.

En su soledad, la solterona estaba siempre ocupada en su ventana, donde durante el verano había hermosas flores, en invierno nacían magníficos berros. El mes pasado no la vi en su ventana; pero sabía que vivía aún; no la había visto comenzar aún el gran viaje de que á menudo hablaba con su antigua amiga.

— Si tal, decía, cuando muera tendré que emprender un viaje más largo que todos los que he hecho durante mi vida. La tumba de nuestra familia se encuentra á seis leguas de aquí; allí me llevarán para que repose al lado de todos mis parientes.

En la noche de ayer, un coche se detuvo á la puerta de la solterona; pusieron en él un ataúd; ahora sí sabéis que estaba muerta. Rodearon de paja el ataúd, y el coche se puso en camino.

Dormía pues su último sueño, la solterona tan tranquila, tan ama de su casa, que hacía tantos años no salía de su morada.

El coche seguía andando y pasó la puerta de la ciudad; iba tan de prisa como si se hubiese tratado de una partida de recreo. En la carretera, los caballos corrieron aun más de prisa. De vez en cuando el cochero echaba una mirada hacía atrás; creo que temía ver á la solterona de la falda amarilla sentada en su ataúd.

En verdad, no estaba á gusto, y pegó de latigazos á los caballos más que era justo, al par que tiraba de las

riendas. Los animales eran jóvenes y briosos; se encabritaban y echaban espuma. Una liebre pasó de pronto por el camino, y los caballos, asustados, se desbocaron.

Hete pues á la anciana señorita, que hacía años no daba más que algunos pasos lentos por su habitación, arrebatada muerta, al triple galope, por la carretera, por unos caballos espantados.

El coche era sacudido con violencia en todos sentidos; el ataúd se resbaló y cayó en el camino, mientras que los caballos, el coche y el cochero desaparecían en una desordenada carrera.

Se acercaba el alba; una alondra se levantó del campo cercano, se posó en el ataúd y entonó su canción matinal; con el pico se puso á picar el envoltorio de paja. Luego, el pájaro se elevó en los aires sin dejar de cantar; yo me retiré detras de las nubes enrojecidas por los primeros fuegos de la aurora.

DÉCIMA NOCHE

Quiero darte una idea de Pompeya, dijo la luna.

Mis rayos caían sobre el arrabal, en la calle de las tumbas, como la llaman, donde hay tan hermosos monumentos, donde en otro tiempo alegres mance-

bos, con las sienes ceñidas de rosas, bailaban con lindas doncellas llegadas de la Grecia. Ahora reina allí un silencio de muerte. Alemanes pagados por el rey de Nápoles dan la guardia; sus compañeros juegan á las cartas ó á los dados en las gradas de un templo.

Vi llegar un grupo de extranjeros llevados por un guía; querían ver, á la luz de mis rayos, la ciudad resucitada de su tumba. Les mostré las huellas de las ruedas de las cuadrigas en los trozos de lava que enlozan las calles; les enseñé, en las puertas de las casas, los nombres de los antiguos propietarios de hace diez y ocho siglos, las muestras de aquella época, aún colgadas. En los patios vieron las tazas de las fuentes adornadas con bonitos mariscos; pero el agua no corría; ningún canto resonaba en las habitaciones adornadas con soberbios frescos; pero el perro de bronce seguía guardándolas.

Era la ciudad de los muertos; todo callaba en los alrededores: sólo de vez en cuando se oían las sordas detonaciones del Vesubio. Fuimos hacia el templo de Venus, construído con mármol blanco como la nieve; entre las graciosas columnas que rodean la ancha escalera que sube al altar de la Diosa, brotan, acá y allá, cipreses. Sobre el cielo transparente y de un azul claro, se destacaba la masa negra del Vesubio; altas columnas de fuego, rectas como el tronco de un pino, salían del cráter del volcán; encima se cernía

una nube de humo rojo come la sangre, que producía un efecto mágico.

Entre estos extranjeros habia una cantante célebre, una verdadera artista; he presenciado los triunfos notables que ha conseguido en las más grandes capitales. Cuando llegaron al gran teatro, se asentaron en las gradas de piedra. La escena está aún intacta, como en otro tiempo, con sus bastidores de mármol; en el fondo, las dos arcadas; bajo ellas se ve el mismo fondo de paisaje que en tiempo de Trajano: las montañas entre Sorrento y Amalfi.

Una idea cruzó la mente de la cantante; subió á la escena y se puso á cantar. Los recuerdos de este lugar, la dulce y bella naturaleza la inspiraron; para representarte la profunda melancolía de los divinos acentos que hizo oír su voz, debo evocar las angustias de una *Mater dolorosa*; si quieres figurarte la ligereza, la seguridad de sus escalas que encantaban y embriagaban el corazón más que las del ruisenior, piensa en el corcel de Arabia cuando, erizadas las crines, en alas del viento vucla.

Se detuvo; como en los primeros tiempos del imperio romano, ruidosos aplausos, frenéticos gritos de entusiasmo resonaron, cesando sólo para volver á empezar. Después se marcharon; cinco minutos más, y el teatro se hallaba de nuevo vacío y ningún ruido se oía en él. Pero, el monumento seguía intacto y de

pie, como lo estará aún dentro de dos mil años; entonces, nadié se acordará de este momento de emoción profunda; aun se habrá olvidado por completo á la hermosa cantante, su voz maravillosa, sus encantadoras sonrisas. Todo habrá pasado y desaparecido en la sombra; yo misma habré perdido el recuerdo de esta escena.

ONCENA NOCHE

Miraba por la ventana en el despacho del redactor en jefe de un gran periódico, dijo la luna. Era en Alemania; vi hermosos muebles, muchos libros, una infinidad de periódicos. Había varios periodistas; el redactor en jefe se hallaba en su pupitre examinando dos tomitos; los autores, escritores noveles, se los habían entregado para que hiciese un juicio crítico.

— Uno de estos libros, dijo á los asistentes, no es más que poesía; está bien acondicionado, buen papel, impresión limpia. ¿Qué os parece?

— ¡Oh! respondió uno de los jóvenes que era también poeta, los versos son bastante hermosos, sin gran brillantez ni movimiento; el autor es aún bastante joven, su talento podrá perfeccionarse. Sus ideas son exactas; hay altruísmos; ¡qué queréis que os diga! no

siempre es posible hacer cosas nuevas. Podéis elogiario. No creo que el autor llegue nunca á una gran reputación. Pero ha leído mucho; conoce bien el Oriente que describe en sus versos; su juicio es sano. Él ha redactado el excelente artículo sobre mis *Fantasías sobre la vida de familia*; hay que ser indulgente con los principiantes. Sí, hablad bien de él.

— Sin embargo, replicó otro, sabéis que, en poesía, no hay una cosa más insoportable que la medianía, y nunca pasará de ella.

— ¡Pobre diablo! exclamó un tercero. Cuando pienso que su tía está tan orgullosa de él y lo cree en el camino de la reputación. Bien la conocéis, señor redactor en jefe: ella es la que se tomó tanto trabajo en recoger suscripciones para vuestra última obra.

— ¡Cómo! dijo el redactor en jefe. ¡Excelente señora! Y yo que iba á anunciar el volumen en algunas palabras y como por el amor de Dios!

Se puso á escribir y se le oía decir á media voz: « Incontestable talento. Una de las flores más raras del jardín de la poesía. Una verdadera perla. Magnífico papel, soberbia impresión, el vaso digno del líquido.

— Ahora, ¿qué pensáis del otro volumen? añadió en alta voz. Son versos también; me han hablado muy bien del autor; me han asegurado que tenía genio. ¿Qué os parece?

— Sí, respondió el poeta, hay personas que lo pre-

tenden, pero es un talento salvaje, inculto, indisciplinado. El rasgo principal de genio que yo veo en el volumen es el modo como está puntuado; notad esto.

— Bueno sería criticarlo á pesar de todo, dijo otro; es en interés suyo; no conviene que tome una gran opinión de su talento.

— Sería injusto, observó un tercero. Encontraréis en él algunos ligeros defectos, pero desaparecen ante las grandes bellezas que hay en sus versos; ésas son las que se deben hacer notar. Tenedlo por sabido: es cien veces superior á nosotros.

— No soy de vuestro parecer, replicó el anterior. Si, como lo pensáis, es un verdadero genio, resistirá perfectamente á las críticas más acerbas. Bastantes personas hay para alabar sus versos; tratemos de que no se vuelva por completo loco de orgullo.

El redactor en jefe escribió. « Talento incontestable, pero poco castigado. Siempre los mismos descuidos. Varios versos infelices; en la página 25, por ejemplo, una cacofonía de dos vocales desuella el oído. El autor haría bien en estudiar á los antiguos, etc. »

Me alejé, dijo la luna, y miré por la ventana en el salón de la tía, una señora rica que tenía buenos conocimientos: su sobrino estaba sentado allí; todos los convidados lo festejaban, lo agobiaban de cumplimientos; nadaba en plena felicidad.

Busqué luego al otro poeta, al salvaje; estaba sentado también en una gran sociedad, en casa de su protector; hablaban del libro del otro, el poeta civilizado.

— Leeré también vuestro volumen, dijo el Mecenas; pero, si he de hablaros francamente, no espero quedar maravillado. No sabéis domeñar vuestra imaginación; os lleva más allá de los límites convenientes. Esto no impide que estimo mucho vuestro carácter.

En un rincón permanecía una joven que ojeaba un libro; leía la frase siguiente:

« ¡Cuánto le cuesta al genio atravesar la nube de polvo que á su alrededor levanta! Permaneced cerca del suelo, y os sonreirá la fortuna. Es una historia antigua, pero se repite diariamente. »

DUODÉCIMA NOCHE

Me deslizaba por los cuantiosos brezos de Luncburgo, dijo la luna. Cerca de la carretera solitaria se alzaba una miserable cabaña; alrededor, maleza, algunos álamos de triste apariencia. Un ruiñeñor extraviado en aquellas inhospitalarias regiones dejaba oír un plañidero canto; la noche debía ser muy fría, y el

pobre pájaro estaba condenado á morir; oía un canto de adiós.

Se acercaba el alba. Apercibí una caravana de aldeanos que emigraban é iban á Hamburgo, donde querían embarcarse para América; allí esperaban que la fortuna les sonreiría al fin; hacía ya tiempo que acariciaban este sueño. Las madres llevaban en cestos á su espalda los hijos más jóvenes; los mayorcitos corrían detrás; un pobre jamelgo, delgado y derrengado, tiraba de un carro que contenía las miserables ropas de aquellas buenas gentes.

Sopló un viento glacial; una muchachita de pecho se apretó contra el seno de su madre que, levantando los ojos hacia mi cara, pensaba en las terribles privaciones que había pasado en su país desde su infancia, con los impuestos enormes que agobian el aldeano alemán. Todos iban absortos por negras ideas de este género.

Los primeros rayos de la aurora enrojecieron el horizonte; los corazones se alegraron: les pareció el presagio de mejores días. Oyeron el canto del ruiseñor que iba á expirar, y lo tomaron también por un feliz pronóstico. El viento silbaba y les impidió comprender lo que decía el pájaro moribundo:

« Pasad el mar, buenas gentes, y permaneced alegres. Vuestro pasaje está pagado con el resto de vuestro haber. Sin recursos y sin medios entraréis en

las regiones que creéis son la tierra de Canaán, tendréis que venderos vosotros, vuestras mujeres y vuestros hijos á inexorables explotadores de vuestra miseria. Pero, vuestros sufrimientos no durarán mucho tiempo. Detrás de los árboles frondosos de las selvas vírgenes que tendréis que cultivar, la muerte os acceha, sus besos os darán una mortal calentura, y la bendeciréis, pues os libertará de vuestro largo martirio. ¡Vogad, vogad alegremente sobre las moventes olas del vasto Océano! »

La caravana escuchaba, llena de júbilo, las melodías del ruiseñor; le parecía que anunciaban la dicha más que nunca.

Ya era día claro; habitantes del lugar cruzaban por los brezos en dirección á la iglesia lejana; las mujeres, con antiguo traje, con mantos negros y capuchas blancas, parecían figuras descendidas de algún anti-gro cuadro gótico. Al rededor, la vasta llanura inculta, cubierta de brezos secos, de color sombrío; por acá y acullá, grandes espacios negros por donde el fuego había pasado; ¡lamentable espectáculo!

Las mujeres sacaban sus libros de misa; se acercaban al santuario.

« ¡Orad, pensaba yo, orad por los infelices que van á lanzarse sobre las olas del mar para llegar más pronto á la tumba! »

DÉCIMOTERCIA NOCHE

Conozco en Italia, dijo la luna, un actor de un teatro de funámbulos; él hace el papel de Polichinela. El público se alegra tan luego aparece en las tablas; cada uno de sus movimientos, de sus menores gestos es cómico, y, sin estar estudiado, hace reventar de risa la sala entera; es la naturalidad encarnada.

Cuando siendo niño jugaba con sus camaradas, era ya un verdadero Polichinela; estaba destinado á este empleo: tenía una joroba en la espalda y otra en el pecho; en cambio, ni su corazón ni su espíritu se resentían de esta imperfección y estaban ricamente dotados. Sentía profundamente; su espíritu poseía una elasticidad maravillosa. Todo su ser tendía hacia el teatro; si hubiese tenido un cuerpo bien constituido, habría sido el primer trágico de su siglo; todo lo grande y heroico hacía vibrar su alma, y tenía que hacerse Polichinela. Su misma melancolía hacía más cómicos los rasgos de su cara singular; cuando se abandonaba á su tristeza, era sobre todo cuando el público, que lo idolatraba, se reía á carcajadas y lo aplaudía á rabiar.

La encantadora Colombina era para él una amiga, lo quería mucho, pero quería casarse con el hermoso

Arlequín; ¿no habría sido ridículo unir la gentileza y la gracia á la fealdad deforme?

Cuando Polichinela estaba sumido en estas ideas negras, ella sola sabía distraerlo, hacerlo sonreír primero y al cabo reír de buena gana.

— Bien sé lo que os falta, dijo un día : es el amor.

— ¡ Yo y el amor ! exclamó él riéndose á carcajadas. ¡ Sería curioso ! entonces sí que aplaudiría el público.

— Sé lo que me digo, replicó ella.

Y añadió con una cómica gravedad :

— Me amáis á mí.

Podía decir esto, pues nunca pasaría de una simple broma. Polichinela, riéndose cada vez más, dió estrambóticas volteretas; toda melancolía estaba olvidada. Colombina había dicho la verdad; la amaba sí, la amaba locamente, tanto y más que su arte.

El día del casamiento de Colombina con Arlequín, Polichinela se portó como el compañero más alegre de la compañía; luego lloró amargamente toda la noche; si el público hubiese visto entonces las espantosas muecas que hacía, la sala se habría venido abajo de aplausos.

Estos días, Colombina murió en la flor de la edad; el día del entierro, Arlequín tuvo naturalmente permiso para no salir á la escena; aquel día le dejaban llorar á gusto á su querida esposa. Pero el director

necesitaba que el público no notase demasiado la ausencia de Colombina y de Arlequín, y fué preciso que Polichinela hiciese aun más farsas y extravagancias que de ordinario; danzaba, saltaba con la desesperación en el corazón. Los espectadores se habían rara vez divertido tanto. Estaban roncós de haber gritado : *bravo ! bravissimo !*

Polichinela fué llamado á la escena sin número de veces. Era su mejor triunfo.

Ayer noche lo vi salir de la ciudad; entró en el cementerio solitario y fué á sentarse sobre la tumba de Colombina, en la que puso una corona de rosas frescas al lado de las ya marchitas. Con la cabeza apoyada en su mano, me dirigía desconsoladas miradas; era digno de ser pintado así. Largo tiempo permaneció inmóvil; se habría dicho que formaba parte del monumento funerario. Un Polichinela sobre una tumba, ¡ qué pintoresco y humorístico contraste ! Si el público hubiese visto á su favorito en esta situación, se habría esgañitado gritando : *Bravo, Pulchinella, bravo, bravissimo !*

DÉCIMOCUARTA NOCHE

Escucha lo que me ha contado la luna :

He visto á los cadetes, cuando salen de la Escuela militar, cuando son oficiales y se ponen por vez pri-

mera el hermoso uniforme de sus sueños. He visto á la joven desposada de un rey hacer una entrada solemne en la capital, vestida con un manto de púrpura y la corona sobre la cabeza. Como los cadetes, tenía el rostro inundado de júbilo; pero no era nada, comparado con la felicidad que he visto expresada esta noche en la facciones encantadoras de una niña de cuatro años.

Había recibido de regalo un nuevo traje azul y además un nuevo sombrero de raso color de rosa. Le habían probado el traje; pidieron luz, pues mis pálidos rayos no bastaban para poder admirar á gusto semejantes maravillas.

Cuando el salón estuvo bien alumbrado, la niña se colocó en medio, tiesa como una muñeca, con los brazos cuidadosamente abiertos para no arrugar el traje. ¡Qué beatitud en la linda y monísima carita! ¡Cómo lucía la dicha en sus ojos!

— Saldrás mañana con tu traje nuevo, dijo la madre.

Y la niña consideraba su traje con una nueva sonrisa de felicidad perfecta.

— Madre, exclamó de pronto, ¿qué pensarán de mí los perritos cuando me vean tan magníficamente vestida? ¿Se atreverán aún á ladrarme?

DÉCIMOQUINTA NOCHE

Te he hablado de Pompeya, dijo la luna, ese cadáver de una ciudad expuesto entre ciudades vivas; conozco otra ciudad, tal vez más curiosa aún: es el fantasma de una ciudad. Se la ve salir de las aguas del mar, cuando el viento disipa la espesa niebla que á menudo la cubre y es como un velo de viuda. Su antiguo dueño, el prometido de la mar, ha muerto; toda la ciudad parece un inmenso mausolco.

Nunca se oye el ruido de un coche; nunca resuena en las calles el paso de un caballo, pues las calles son canales; sobre sus aguas verduzcas se ven volar negras y misteriosas góndolas.

Voy á describirte la plaza más grande de la ciudad; te creerás transportado al país de los cuentos de hadas. La yerba brota entre las anchas piedras; desde el alba, miles de palomas vuelan en todos sentidos, para ir á posarse luego sobre una torre aislada. Hay arcadas que rodean este lugar por tres lados; á su abrigo verás turcos sentados y fumando en silencio su larga pipa; un poco más allá, un hermoso adolescente griego se apoya contra una columna, y contempla los elevados mástiles, los gloriosos trofeos,

los recuerdos de una potencia perdida que abundan en este lugar; muchas banderas y estandartes, pero hizados en señal de duelo. Más allá, una joven robusta se apoya contra uno de estos mástiles, monumentos de brillantes victorias; delante, tiene los dos cubos de agua que acaba de sacar; en sus espaldas descansa el garfio con que va á llevarlos. También ella considera con aire melancólico toda esta grandeza perdida.

Delante de ti tienes una iglesia única en el mundo; las doradas cúpulas brillan con mágico fulgor á la luz de mis rayos. Todo es extraño en este edificio; se diría que el capricho de un niño ha dirigido la exornacion de una deslumbradora riqueza. Entrás, y el esplendor de las paredes de mosaico, la dulce luz de las vidrieras te embargan el ánimo; nunca verás en otra parte tan armoniosa magnificencia; creerías estar en algún lugar encantado.

Á su lado, cuatro caballos de bronce tiran de un carro de la Victoria; habían venido de muy lejos, estos modelos del arte más perfecto de los griegos, y han hecho otro largo viaje antes de volver aquí. Algo más léjos, sobre una columna, se ve un león alado; el oro brilla en sus alas, pero se diría que cuelgan inertes; el altivo animal, que tan lleno de fuerza y vida parecía en otro tiempo, está como muerto. Su señor, el rey del mar, ha muerto; las grandes y vastas salas

del palacio están desiertas, las paredes donde colgaban los más hermosos cuadros, los más ricos tapices, están desnudas.

Bajo las arcadas, donde ántes sólo pasaban de derecho los nobles de alto nacimiento, duermen grupos de mendigos. Sólo una cosa existe como el pasado: son los gemidos, las desasperadas quejas que siempre pueden oírse en los calabozos cerca del puente de los Suspiros. Pero en otro tiempo, los sofocaban los gritos alegres, el ruido de los tamboriles, cuando, desde lo alto del *Bucentauro*, brillante de dorados y estandartes, el duz lanzaba el anillo nupcial al Adriático, la reina de los mares.

Adria, Adria, oculta en tus nieblas, cubre con tu velo de viuda el vasto mausoleo de tu esposo, Venecia, la ciudad de los palacios de mármol, la sombra, el espectro de una grande y gloriosa ciudad.

DÉCIMOSEXTA NOCHE

Miraba un gran teatro, dijo la luna; llena estaba la sala; debía estrenarse un nuevo actor; mis rayos penetraron por una ventanilla, detrás del escenario. Una cara pintada se apoyaba contra los cristales; era el

héroe de la velada. Tenía una sedosa barba que caía naturalmente ensortijada; pero los ojos de este hombre estaban llenos de lágrimas; acababa de ser silbado, y con razón.

Era digno de lástima, pero ¿qué queréis? el arte tiene sus parias. Sentía profundamente, amaba su profesión con entusiasmo; pero la naturaleza lo había tratado como una madrastra: no le había dado el don de expresar lo que sentía. La campanilla del apunte se oyó. « El héroe, decía el papel, adelanta con valor y lleno de audacia. » Tenía que tomar esta actitud ante un público que se había reído de él á carcajadas.

Cuando acabó la comedia, vi una figura envuelta en un manto deslizarse escalera abajo y escurrirse hacia la salida de los artistas; era él, la víctima de la burla pública. Los maquinistas cuchicheaban á su paso. Lo acompañé hasta su cuarto.

Ahorcarse es una muerte muy fea; veneno no se tiene siempre á mano. Pensaba, sin embargo, en estos dos modos de dejar este mundo cruel; le vi contemplar en el espejo su rostro pálido, con los ojos medio cerrados; quería ver si, muerto, tendría una cara imponente. Un hombre puede ser muy desgraciado y tener estas pretensiones singulares.

Pensaba pues en la muerte, en el suicidio; creo que lloraba sobre sí mismo; derramaba amargas lágrimas;

pero, cuando se ha desahogado el dolor con sollozos, no se mata uno.

Ha pasado un año desde entonces. Una de estas noches pasadas, hacían una comedia en un teatrillo; los actores eran una pobre compañía ambulante; volví á ver el mismo rostro de mejillas pintadas y rizada barba.

Me miró, y esta vez se sonreía; sin embargo, no hacía un minuto que acababa de silbarlo horriblemente, en una miserable escena, un público grosero é inculto. Pero ya no lloraba, sonreía.

Esa noche, un modesto ataúd salió de la ciudad; nadie lo seguía. Era el cuerpo de un suicidado que iba al cementerio, era el héroe silbado. El cochero y el enterrador lo llevaron á un rincón del cementerio donde se entierra á los suicidados. Las ortigas saldrán en el lugar donde descansa; el guardián arrojará sobre él las yerbas y las piedras que arranque de las otras tumbas.

DÉCIMOSEPTIMA NOCHE

Vengo de Roma, dijo la luna; allí, en medio de la ciudad, sobre una de las siete colinas, se hallan la ruinas del palacio de los Césares. La higuera salvaje

brotó en el intersticio de las paredes y cubre su desnudez con anchas hojas de un verde ceniciento. Por acá y acullá adelanta un asno, por entre los escombros, buscando las ramas de cardo que abundan en aquel sitio.

En aquellos lugares, un tiempo ilustres, de donde las águilas romanas partían para la conquista de un mundo, se halla á la entrada una mala casucha de arcilla, apoyada en los trozos de columnas de mármol; las tallos de las vides cuelgan como fúnebre guirnalda por encima de su ventanilla mal ajustada.

Allí vive una anciana mujer con su nieta, una niña; ellas reinan hoy en el palacio de los Césares y enseñan á los extranjeros lo que queda.

De la rica sala del trono sólo subsiste una miserable pared; la sombra de un ciprés marca la plaza donde se encontraba el trono. Los escombros se hallan amontonados sobre el antiguo pavimento de mármoles raros, del que sólo algunos fragmentos subsisten; allí viene á menudo la niña á sentarse para oír el toque de las campanas; desde allí puede ver la mitad de la ciudad eterna; en el fondo se dibuja la enorme cúpula de la iglesia de San Pedro.

Aquella noche, como todas, el silencio más profundo reinaba alrededor. Iluminada por mis rayos, la muchacha entraba en su casa, en el palacio de los Césares; sobre su cabeza llevaba un vaso antiguo lleno

de agua. Tenía los pies descalzos; su traje y las mangas de su camisilla estaban desgarradas; besé los hombros redonditos de la niña, besé sus ojos morenos, vivos y profundos, besé sus cabellos negros y brillantes. Subió la escarpada escalera que conduce á la entrada; está construída groseramente con fragmentos de mármol, pedazos de columna y capiteles esculpidos con arte. Enormes lagartos asustados resbalaban entre sus pies, pero la niña no hacía caso. Ya levantaba la mano para tirar de la campanilla del palacio de los Césares, una pata de liebre atada á una guita.

Se detuvo un instante. ¿En qué pensaba? Tal vez en el hermoso niño Jesús, vestido de oro y plata, que estaba en la capilla, donde lucían los cirios, los candelabros de plata, y donde sus amigas acababan de comenzar un cántico que también ella sabía cantar y cuyos ecos le traía la brisa. No sé en qué.

Cuando salió de su sueño hizo un falso movimiento; el vaso se le cayó de la cabeza y se rompió sobre los fragmentos de mármol.

La niña rompió á sollozar; el habitante del palacio de los Césares lloraba un pobre vaso de tierra de ínfimo precio; permanecía allí descalza, desconsolada, sin atreverse á tirar de la pata de liebre atada á una guita, ¡ la campanilla del palacio de los Césares!

DÉCIMOCTAVA NOCHE

Hacía ya quince días que la luna no había venido á verme ; hoy la he visto con su faz repleta cernerse encima de las nubes que lentamente flotaban hacia el horizonte ; brillaba en todo su fulgor. Escuchad lo que me contó.

Seguí una caravana que habia salido de una ciudad de Marruecos. En la linde del desierto hicieron una parada en una de esas mesetas saladas que brillan desde lejos como un mar de hielo ; hay sitios en que se hallan cubiertas de arenas movedizas. El jefe de la compañía, con una calabaza llena de agua á la cintura y sobre su cabeza un saco con pan ázimo, trazó en el suelo un cuadro con un palo, y escribió en él un versículo del Corán ; toda la caravana pasó por este lugar sagrado.

Un joven mercader, un verdadero hijo de las regiones del sol (lo reconocí en sus ojos de fuego, en su hermosa y noble estatura) cavalgaba pensativo sobre el blanco corcel que piafaba, impacientado por la marcha lenta de la caravana. ¿ Pensaba acaso en su joven esposa ? Sólo hacía dos días que había sido llevado en triunfo á casa de su esposo, á espal-

das de un dromedario cubierto de pieles y preciosos chales. Alrededor resonaban los rabeles y tamboriles; seguía una compañía de mujeres, cantando y bailando. Sonaban por doquiera tiros en signo de alegría, era una fiesta universal. Y hoy el joven esposo, con la cabeza inclinada, pensando en la dicha que tenía que abandonar, se disponía á cruzar el desierto lleno de peligros.

Los seguí durante muchas noches; los vi descansar cerca de un pozo de agua salobre, al lado de palmeras enanas; despedazaban un camello que había sucumbido al cansancio y asaban al fuego su carne. Mis rayos refrescaron la arena que, durante el día, quemaba como un fuego ardiente; á mis rayos, distinguían las rocas negras que, como islas desiertas, salen acá y acullá, en la inmensa mar de arenas.

No encontraron tribus hostiles; no sopló la tempestad borrando toda huella de carretera; no fueron sofocados por trombas de arena.

En su casa, la hermosa desposada oraba á Alá para que salvase á su marido y á su padre, que era el jefe de la caravana. « ¿ Habrán muerto? » decía mirando al cielo hacia mi dorado creciente. « ¿ Habrán muerto? » decía aún cuando yo le mostraba mi cara redonda.

Los otros han pasado felizmente el desierto; esta noche los he visto sentados bajo altas palmeras; una

bandada de grullas, que volvía de los países del norte, pasó por encima de sus cabezas; pelícanos inclinados sobre matas de mimosas los observaban. Alrededor, la maleza está aplastada por las patas de los elefantes. Se acerca un grupo de negros que vuelve de un mercado próximo; las mujeres, vestidas con faldas azules, con hebillas de cobre en los cabellos, empujan ante sí los bueyes cargados de fardos en los que duermen los chiquitines, desnudos. Un gran negro conduce un leoncillo que acaba de comprar.

Ya llegan a la caravana; el joven mercader no los ha visto venir; está sentado, silencioso é inmóvil, pensando en su esposa, pensando, en este país de negros, en la divina florecita blanca que crece allende el desierto. Levanta la cabeza... }

Una nube pasó delante de la luna, luego otra. El cielo se oscureció de pronto y no pude saber más.

DECIMONONA NOCHE

Vi llorar una niña, dijo la luna; derramaba lágrimas sobre la maldad de este mundo. Le habían regalado una magnífica muñeca. ¡Qué trajes más hermosos los

suyos ! ¡ Cuán fino y delicado era su rostro ! No estaba hecha para soportar los males de este mundo. Pero, los hermanos de la niña, que eran unos diablos sin entrañas, habían llevado la muñeca al jardín, á la copa de un árbol, y, después de esta hazaña, se habían escapado corriendo y riéndose de los gritos de angustia de su hermanita.

La muchachita no podía subir al árbol, ni ayudar á la muñeca á bajar ; por esto lloraba, viendo á la pobre muñeca con los brazos abiertos entre dos ramas, medio oculta por el follaje.

« ¡ Qué triste parece ! dijo la pequeñuela ; seguramente llora. Sí, éstos son los sufrimientos de este mundo, de que mamá habla tan á menudo. ¡ Desgraciada muñeca ! comienza á ser de noche, y, si no vienen á ampararla, tendrá que permanecer ahí arriba, sola, hasta mañana por la mañana. »

Esta espantosa idea hizo aumentar los sollozos de la niñita.

— No, mi querida muñeca, exclamó, no te abandonaré, permaneceré á tu lado toda la noche.

Y sin embargo, no estaba á gusto en la obscuridad. Ya creía ver deslizarse entro los setos á los genios burlones con sus gorritos puntiagudos. En los bosquecillos, horribles espectros bailaban una danza infernal ; se acercaron más, saltando y haciendo horribles gestos ; se acercaron más y señalaron con sus

engarabitados dedos el árbol donde se hallaba la muñeca ; se reían con maldad.

¡ Qué miedo el de la niña !

« Pero, pensó, cuando no se ha cometido un pecado, me ha dicho mamá, el Malo no puede hacernos daño. ¿ Tengo que echarme en cara un pecado? »

Y se puso á reflexionar.

« ¡ Ay ! que sí, exclamó. Me he reído del pato que se había enganchado las patas en ese trapo encarnado ; ¡ cojeaba y se movía de un modo tan singular ! Pero es un pecado burlarse de los pobres animales. »

— Y tú, muñeca, dijo mirando hacia el árbol, ¿ te has burlado nunca de los animales ?

Le pareció que la muñeca meneaba la cabeza para decir no, y se sintió muy desgraciada.

VIGÉSIMA NOCHE

Escucha lo que me refirió la luna :

Hace largos años, miraba aquí, en Copenhaguen, por las ventanas de una pobre boardilla. Allí vivía un ebanista con su mujer y su hijo. Los padres dormían, pero el niño estaba despierto. Le vi abrir las cortinas de su camita, una tela de percal con grandes flores, y mirar con curiosidad hacia la ventana. Pensé

en un principio que contemplaba el gran reloj que estaba pintado con tan hermosos tonos, rojo y verde; en lo alto había un cuclillo; debajo colgaban las pesadas pesas de plomo, y la péndola, con su disco de latón, reluciente, iba de izquierda á derecha y de derecha á izquierda y hacía : tic tac, tic-tac.

Pero no; no miraba el reloj, sino la rueca de su madre que estaba al lado. Admiraba este mueble más que otro alguno, pero le estaba prohibido tocarlo; había tratado de hacerlo una ó dos veces y le habían pegado en los dedos; horas enteras, mientras su madre hilaba, podía permanecer tranquilo á su lado, seguir los rápidos giros de la rueda y escuchar su ruido, viendo el lino transformarse en hilo. ¡Ay! ¡cuánto le habría gustado dar algunas vueltas á la máquina!

Así pues, esta noche, en que sus padres dormitaban apaciblemente, y él había sacado la cabeza fuera de sus cortinas, miró mucho tiempo hacia su cama para asegurarse de que dormían bien, y luego consideró la rueca con ansiedad. De pronto vi salir un pie de debajo el cobertor, luego otro y dos picnecitas. Hete al niño de pie en el cuarto. Miró otra vez al lecho; sus padres no se movían, no habían visto nada, dormían. Entonces con suavidad y lentitud adelantó, vestido con su camiseta, hacia la rueca, y le dió vueltas. No se arregló muy bien en principio: la cuerda de

trípa que sostenía la rueda se desprendió, y la rueda giró más fácilmente, dejando oír un delicioso ronquido.

El chiquitín estaba encantado; besó sus largos cabellos rubios y sus ojos azules; era un cuadro delicioso. En este momento se despierta la madre, abre las cortinas del lecho y cree ver un diablillo que hace andar la rucca.

— ¡Jesús nos asista! exclama asustada.

Y empuja á su marido; éste abre los ojos, los restriega y mira; el niño, que había cogido en breve el movimiento, hacía girar la rueda con toda la fuerza de sus piernecitas.

— ¡Qué diablo! exclamó el padre, es nuestro Bertel. ¿Qué haces ahí, muchacho?

En este instante separé mis miradas de la boar-dilla; ¡tengo tantas cosas que ver! Me puse á contemplar las salas del Vaticano, donde están los antiguos dioses de mármol. Iluminé el grupo de Lacoonte; la piedra me pareció gemir. Estampé un beso en el seno de las divinas Musas, que pareció levantarse. Luego, mis rayos se detuvieron largo tiempo en el grupo del Nilo. El dios colosal del sagrado río se apoya contra los esfinges; reposa sumido en profundas meditaciones, como pensando en los sucesos memorables que durante siglos vió en sus orillas. Encantadores Amorcillos juegan con un cocodrilo á su alrededor. Sobre el cuerno de la abundancia hay otro gentil amorello;

con los brazos cruzados considera con expresion encantadora al gran Dios que tan serio aspecto tiene. Se parecía como una gota de agua á otra al niño que hacía andar la rueca; las mismas facciones, la misma fisonomía sencilla, atenta, inteligente. Estaba allí viva y encantadora, la estatua, y sin embargo, la rueda de los años había girado más de mil veces desde el instante en que había salido del trozo de mármol. La gran rueda, había dado exactamente tantas vueltas como la rueca de la boardilla, antes de que se supiese de nuevo sacar semejantes maravillas del mármol.

Desde entonces, continuó la luna, han pasado muchos años. Ayer miraba hacia un golfo, en la costa oriental de la isla de Seland. Allí hay magníficos bosques de hayas; risueñas colinas rodean un antiguo castillo feudal de encarnadas murallas; en los fosos nadan hermosos cisnes; en el segundo plano se ve una linda ciudad medio oculta por los verjeles. Una infinidad de barcas iluminadas vogaban en la entrada del puerto; los que iban en ellas llevaban antorchas; no iban á pescar la anguila, no; se trataba de una gran fiesta; alegres cantos alternaban con melodiosas sinfonías.

En una barca, estaba de pie, envuelto en un gran manto, un hombre de elevada estatura, de noble porte, imponente; celebraban su llegada. Tenía los

ojos azules; blancos eran sus largos cabellos; lo reconocí al momento; pensé en el grupo del Nilo, en el Vaticano, en todos los dioses de mármol, luego en la pobre boardilla donde había visto al pequeño Bertel, vestido con su camisita, dar vueltas á la rueca de su madre.

La rueda del tiempo ha girado también, y el mundo maravillado ha visto de nuevo figuras ideales de dioses y diosas salir de trozos de mármol.

De todas las barcas salían los gritos mil veces repetidos : « ¡Viva Bertel Thorvoaldsen! ¡Viva el primer escultor de Dinamarca! »

NOCHE VIGÉSIMA PRIMERA

Voy á trazarte una imagen tomada de la ciudad de Francfort, dijo la luna.

Miraba particularmente un edificio : no era la casa donde ha nacido Goethe, el genio más grande de Alemania; no era el antiguo ayuntamiento, donde se ven aún contra los barrotes de hierro de las altas ventanas las cabezas cornudas de los bueyes que se asaban enteros en la plaza para el pueblo en la coronación de los emperadores. No, lo que yo miraba, era una casa de la clase media, pintada de verde, muy sencilla, si-

tuada cerca de la angosta calle de los Judíos : era la casa de los Rothschild.

Por entre la puerta, de par en par abierta, vi la escalera brillantemente iluminada; lacayos con librea galoneada llevaban pesados candelabros de plata y se inclinaban profundamente ante una señora anciana que bajaban en una silla de manos. El propietario de la casa estaba abajo, con la cabeza descubierta, y respetuosamente besó la mano de la señora anciana.

Era su madre; lo saludó amistosamente con la cabeza; devolvió con amabilidad el saludo á los criados que la llevaron á un callejón angosto, ante una casa de pobre apariencia. Allí moraba; allí habían nacido sus hijos; allí había ido á buscarlos la fortuna.

« Si abandonase esta callejuela, se decía, si despreciara esta casucha, la fortuna los abandonaría al momento. »

Creía esto rotundamente.

La luna no dijo más aquella noche; su visita fué corta. Pero yo pensaba mucho en la viejecita que habitaba el callejón. No tenía más que decir una palabra, y se habría encontrado en un palacio de mármol, á orillas del Támesis; una sola palabra, y habría habitado una quinta regia á orillas del golfo de Nápoles.

« ¡ Si despreciara esta casucha, pensaba, donde la felicidad ha venido á buscar á mis hijos, los abandonaría! »

Era una superstición, pero ¡ cuán conmovedora! ¿Quién puede haber que no la comprenda? Era una madre que se sacrificaba á sus hijos hasta el último de sus días.

NOCHE VIGÉSIMA SEGUNDA

Ayer, poco antes del crepúsculo (son las palabras de la luna), ninguna chimenea humeaba aún en la gran ciudad, y precisamente miraba yo las chimeneas. En este momento, de la cima de una de ellas salió una cabecita, luego unas manos, unos brazos y la mitad de un cuerpo; los brazos permanecieron apoyados en el borde de la chimenea. « ¡Hiob! ¡Hiob! » oí gritar.

Era un deshollinador que, por la primera vez de su vida acababa de subir hasta lo alto de una chimenea y revolvía su cabeza en todos sentidos, curioso de examinar el aspecto de las casas y de las calles. « ¡Hiob! ¡Hiob! » gritó de nuevo alegremente. Era esto distinto que subir por el interior de angostas y negras chimeneas. Fresco y vivo era el aire; el chucuelo, respirando con fuerza, contemplaba la ciudad entera, y más lejos podía distinguir vastas selvas y, en el horizonte, las olas azules del mar.

Acababa de levantarse el sol; parecía enorme; su reflejo purpúreo iluminó el rostro del chicuelo, que brillaba de júbilo y era encantador aunque cubierto de hollín.

« ¡Hiob! ¡Hiob! » gritó con todos sus pulmones. Ahora toda la ciudad puede verme, y puede verme la luna, y puede verme el sol. ¡Hiob! ¡Hiob! »

Luego sacudió la escobilla y prosiguió alegremente su tarea.

NOCHE VIGÉSIMA TERCERA

La noche pasada, contemplaba una gran ciudad de la China, dijo la luna. Mis rayos alumbraban las largas murallas desnudas que forman las calles. Por acá ó acullá, una puerta; pero siempre está cerrada. Acaso, ¿se ocupa el chino del mundo exterior? Espesas celosías caen ante las ventanas de las casas que se alzan detrás de estas murallas.

Sólo á través de las ventanas de un templo vi brillar una débil luz; dirigí por allí mis miradas, y descubrí singulares maravillas. Desde el suelo hasta el techo, el interior del santuario está cubierto de pinturas de colores chillones ricamente doradas, representando el paso de los dioses por el mundo. En todas las hor-

nacinas hay figuras que hacen muecas; casi desaparecen bajo los paños suntuosos y las banderas que cuelgan del techo; delante de estas estatuas de los dioses, que son de madera ó de estaño, pintadas con colores vivos, se ve un altarito lleno de flores y de cirios eñcendidos. En el centro se ve á Fo, el primero de los dioses; está vestido con un rico traje de seda amarilla; es, en China, el color privilegiado y honorable entre todos.

Al pie del altar de Fo estaba arrodillado un servidor del templo; parecía hacer esfuerzos para orar; pero, de pronto le embargó una viva preocupación; caía en profundas reflexiones, luego se despertaba como sobresaltado; encarnadas estaban sus mejillas, bajaba la cabeza casi vergonzosamente; las ideas que le absorbían eran, sin duda, ideas censurables.

¡Pobre Soni-Hong! Tal vez soñaba que, detrás de una de las largas murallas de las calles, tenía encargo de cultivar lindos cuadros de flores raras, bosquecillos de arbustos enanos que son la alegría de los chinos. ¿Le parecía aquella operación más agradable que velar por que no se apagasen los cirios del templo? ¿Deseaba hallarse delante de una mesa suntuosa, servida con nidos de gonlondrinas y aletas de delfín, y después de cada plato delicado enjugarse los labios con papel de plata? Ó bien, ¿era su pecado tan enorme que, de ser conocido, habría debido ser expiado, si-

guiendo las leyes del Celeste Imperio, por espantosas torturas y una muerte ignominiosa? ¿Se había atrevido á seguir con el pensamiento á los bárbaros occidentales hasta su país de perdición, la maldita Inglaterra?

No, no; no había tomado su espíritu tan temerario vuelo; y empero sus ideas eran culpables; habría debido desprenderse de ellas en presencia de Fo y de los otros dioses. Sé hacia dónde aspiraba su alma.

En el extremo de la ciudad, en el terrado embaldosado con baldosas de porcelana, de una casa también de porcelana, estaba sentada, en medio de ricos vasos donde brotaban magníficas flores en forma de campanas; una joven seductora; Pei era su nombre; tenía unos ojillos llenos de malicia; pequeña era su boca, pero gruesos sus labios; es, en China, una señal de belleza. Sus pies eran la mitad más pequeños que los de la Cenicienta.

Sus babuchas le apretaban mucho; pero más apretado aún que su pie estaba su corazón. Levantó sus graciosos y redonditos brazos; el raso de su traje crujió. Delante de ella había una pecera de cristal con cuatro peces encarnados; cogió un bastoncillo de laca pintado y se puso á menear el agua con dulzura; parecía absorta por algún pesar. Condideró mucho tiempo sus pececitos, y pareció pensar que tenían una existencia apacible y tranquila, que siempre tenían

agua fresca, abundante comida, pero que más felices serían aún si pudiesen nadar en libertad en el río.

Sí, en esto pensaba la hermosa Pei; su alma voló hacia el templo de Fo, pero no para adorar este dios.

¡Pobre Pei! ¡Pobre Soni-Hong! Sus pensamientos se encontraron. Pero, ¿se unirán nunca en este mundo?

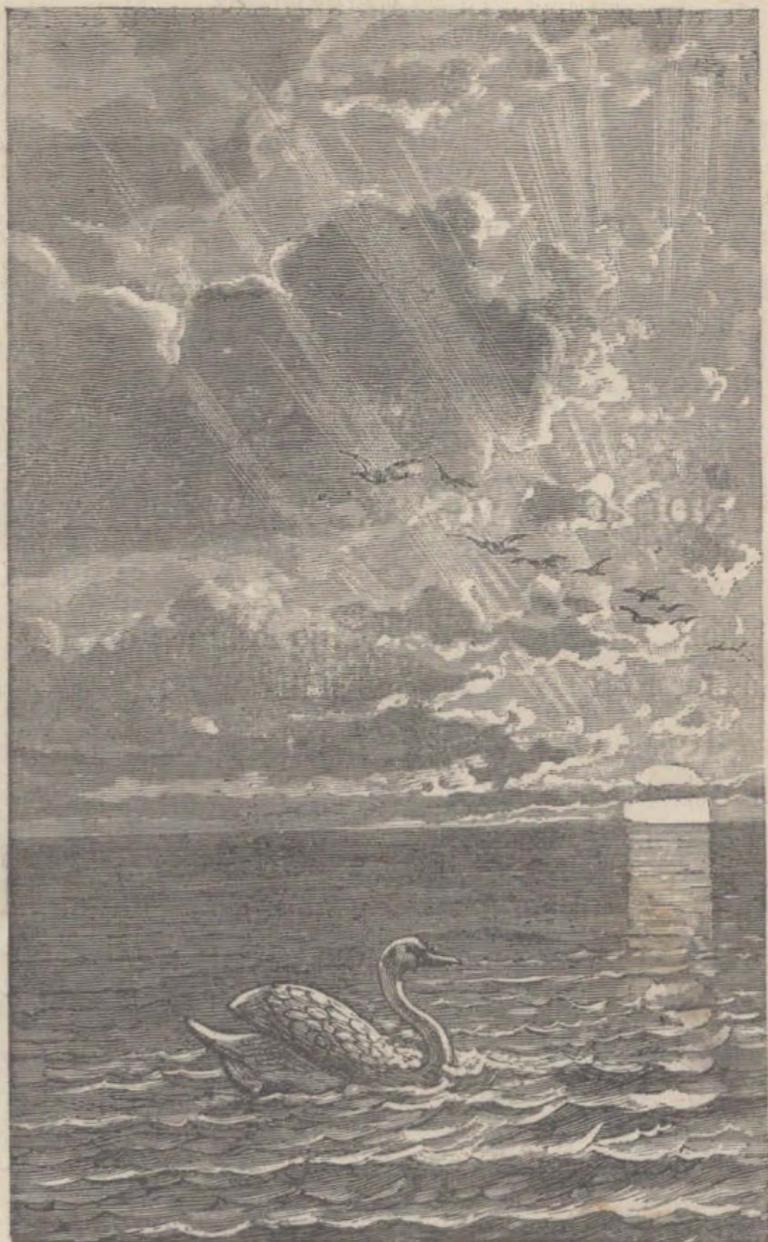
NOCHE VIGÉSIMA CUARTA

Reinaba una calma chicha, dijo la luna; no soplaba la más ligera brisa. El agua estaba tan transparente como el aire puro donde yo nado; podía ver en el fondo del mar plantas extrañas, animales singulares; veía claramente los miles de millones de peces que pueblan el Océano.

En los aires volaba una bandada de cisnes salvajes; uno de ellos, rendido de cansancio, se quedaba atrás; sus alas flaqueaban; hacía desesperados esfuerzos para alcanzar á sus hermanos que se alejaban cada vez más. Poco á poco, bajó de la región de las nubes donde estaban los otros; se acercaba al mar.

De pronto, tendió las alas y se dejó caer lentamente como cae una bola de jabón; se posó en la superfi-

cio de las aguas. Luego dobló la cabeza entre sus plu-



mas y permaneció allí, suavemente impulsado por las

olas, como la flor del nenúfar blanco que vaga sobre un lago sereno.

Se levantó una ligera brisa que rizó la superficie del mar donde se miraban mis rayos; los fuegos de la aurora comenzaron á reflejarse en ella y á colorearla de luciente púrpura. El cisne levantó la cabeza; las olas se rompían contra su pecho; cada vez producían el efecto de flamas azules. Descansado ya, el cisne se levantó del seno de las olas, y, volando hacia el sol que asomaba por el horizonte, siguió el camino que habían tomado sus hermanos; el deseo de verlos duplicaba sus fuerzas; hendía los aires; el viento, que comenzaba á soplar con ímpetu, le impulsaba hacia las hermosas regiones del Norte.

NOCHE VIGÉSIMA QUINTA

Voy á trazarte otro croquis tomado en Suecia, dijo la luna.

Entre las sombrías selvas de pinabetes, cerca de las melancólicas orillas del Noxen, se halla la iglesia del antiguo monasterio de Wreta. Mis rayos penetraron por entre los barrotes de las ventanas hasta la vasta nave donde los reyes de Suecia duermen en reposo en los grandes sarcófagos de piedra arrimados

á la pared; encima de cada uno cuelga, suspendida de un clavo, la insignia de la gloria y de la potencia de estos príncipes cuando estaban en vida: una corona real; pero es sólo de madera pintada y dorada. Los gusanos han roído la madera, las arañas han tejido sus telas que caen hasta los sepulcros, tejidos ligeros y perecederos, emblemas de los fugitivos pesares de los humanos.

¡Cuán tranquilos reposaban estos reyes cuya existencia había sido tan agitada y aventurada! Me acuerdo de ellos perfectamente; aun veo la altiva sonrisa de sus labios que pronunciaban terribles sentencias ó concedían favores insignes esparciendo á su antojo la alegría ó el dolor á su alrededor.

Cuando el vapor pasa por esas montañas desiertas, de vez en cuando, un extranjero visita la iglesia; baja al sótano y pregunta los nombres de los reyes; apenas recuerda haberlos oído citar en los libros históricos; la mayor parte de ellos le dejan indiferente. Contempla sonriendo las coronas roídas por los gusanos, y, si tiene el alma tierna y sensible, su sonrisa es melancólica.

¡Oh muertos, dormid! La luna se acuerda de vosotros, os envía sus pálidos y velados rayos hacia el lugar apacible en que ahora reináis, con vuestras insignias de madera pintada y dorada.

NOCHIE VIGÉSIMA SEXTA

Muy cerca de la carretera real, dice la luna, hay una posada; enfrente, una gran cuadra cuyo techo arreglan. Eché una mirada por entre los intersticios sobre este techo nada grato. En una viga dormían algunos pavos; sillas y arcos estaban amontonados en desorden. En el centro de la cuadra había una berlina; los viajeros dormían profundamente mientras daban de comer á los caballos. El cochero se estiraba, fingía estar rendido de cansancio; pero yo sabía muy bien que, la mitad del camino, no había hecho más que dormir.

Una puerta que conducía al cuarto de los criados estaba entreabierta; no se veía allí más que el mismo desorden y suciedad; una candela quemada casi hasta el fin alumbraba este recinto.

El viento corría por la cuadra silbando; en un rincón vi, amontonados, varios músicos ambulantes; el padre y la madre soñaban con el fuerte aguardiente que les quedaba en su calabaza y les servía para olvidar las penas de este mundo; su niña, pálida y delicada, soñaba con las penas y pesares que al principio

de la vida la agobiaban; lloraba la víspera, y seguía llorando en sueño; á sus pies tenía el harpa y su perrito, su única alegría en el mundo.

NOCHE VIGÉSIMA SÉPTIMA

Era en una ciudad de provincia, dijo la luna, y esto pasaba hace un año, pero me acuerdo muy bien de todos los detalles. Esa noche, los periódicos han contado la historia, pero muy inexactamente; la realidad es mucho más interesante que la relación de los diarios.

En una posada había un domesticador de osos y comía su sopa. Fuera, en el patio, el pobre animal, que llamaban Martín, estaba atado; tenía un aspecto feroz, pero nunca hacía daño á nadie.

En el granero, tres niños jugaban á la claridad de mis rayos; seis años tenía el mayor, y el más pequeño no tenía dos. *Klatsch-patsch* resonó en la escalera. ¿Quién podía ser? Era buena y simplemente el oso Martín, el gran oso peludo; se había fastidiado en su rincón y se había soltado muy fácilmente. Como no había encontrado á nadie en el patio, había tomado la escalera y subía por ella.

Tengo muy presente en la memoria toda la escena,

continuó la luna. Los niños tuvieron un miedo espantoso y fueron á meterse en un rincón, sin fuerzas para gritar. El animal los vió y fué á olerlos, pero sin hacerles el menor daño.

« Es un perrazo », se dijeron; salieron de su escondite y se pusieron á acariciar con dulzura al animal, que tomó bien la cosa y se acostó á su lado por el suelo. El más pequeñito, un niño muy mono, se subió encima de Martín, ocultando los ensortijados rizos de oro de su cabecita en los pelos del animal.

El mayor tomó su tambor y dió un sonoro redoble. Martín se levantó, y poniéndose en dos pies se puso á bailar y dar vueltas; era un espectáculo divertido. Los dos muchachos cogieron sus escopetas y dieron otra á Martín, que se la echó al hombro como un veterano; y los chicos empezaron á marchar y hacer el ejercicio.

Apareció una persona. Era la madre. Habrías debido verla muda de espanto, con la cara blanca como la tiza, la boca entreabierta, el pecho oprimido, sin poder articular un sonido, los ojos extraviados. El pequeñuelo corrió á ella, alegre, saltando y bailando y exclamó:

— Mira, mamá, qué bien jugamos á los soldados. Nos divertimos mucho.

Pero, había terminado la fiesta; llegó el dueño del oso y se llevó al buen Martín.

NOCHE VIGÉSIMA OCTAVA

Soplaba el viento; frío y violento era; corrían con rapidez las nubes; la luna era sólo visible de vez en cuando.

Desde el apacible y alto espacio donde me muevo, decía, veía huír las nubes y sus grandes sombras pasar por el suelo. Mis miradas cayeron sobre la puerta de un sombrío edificio; un coche se hallaba á la puerta; iban á buscar á un prisionero. Penetraron mis rayos por entre los barrotes de su calabozo; escribía algunas líneas en la pared como adiós; no trazaba palabras, sino una melodía, el canto de su corazón. Abrieron la puerta, y se lo llevaron. Dirigió sus ojos hacia mi faz, pero hubo nubes que precisamente en aquel momento se interpusieron entre nosotros, como si á propósito hubiesen querido impedirme ver su rostro.

Subió en el coche; el auriga hizo chasquear su látigo; los caballos partieron al galope hacia una espesa selva donde no pudieron seguirlo mis rayos.

Peró de nuevo miraba por entre los barrotes del calabozo donde el prisionero había escrito su canto de adiós á tan triste lugar. Mis rayos no pudieron acla-

rar más que algunas notas de música; lo demás fué siempre un secreto para mí, y sin duda para los hombres.

¿ Era el himno de la muerte el que estaba allí escrito? ¿ Ó bien el canto de alegría y libertad? ¿ Lo habían sacado para llevarlo al cadalso ó bien para echarlo en brazos de su madre y de su novia? Yo lo ignoro, pues mis rayos no descifran todo cuanto los mortales escriben.

NOCHE VIGÉSIMA NOVENA

Me gustan mucho los niños, dijo la luna; los pequeños sobre todo son tan divertidos, tan alegres. Á veces los miro saltar y jugar en el momento en que no piensan en mí. Me distrae sobremanera verlos desnudarse solos. En primer lugar, después de muchos esfuerzos cómicos, sale un hombro desnudo, luego el brazo; otra cosa que cuesta también mucho trabajo son las medias; y cuando al fin aparece una piernecita blanca y redonda y luego un pie diminuto, lo beso y lo beso varias veces.

He pues aquí lo que tengo que contarte:

Esta noche miraba por una ventana que no tiene cortinas; nadie vive delante. Vi una alegre compañía

de muchachos, hermanos y hermanas, y entre ellos una encantadora niña de cuatro años solamente, pero que dice su *Padre nuestro* tan bien como el primero. La madre va todas las noches al lado de su camita; la niña dice su plegaria, luego recibe un beso de la mamá, que se queda allí hasta que la pequeñuela se duerme, es decir, algunos segundos, el tiempo que tarda la niña en cerrar sus grandes ojos azules.

Hoy, los dos mayores estaban muy alegres y de humor ruidoso; el uno corría el cuarto á pie cojo en camisa, el otro se había encaramado en una silla y había colocado á su alrededor, tiesas, las faldas y calzones de las otras criaturas; decía que eran cuadros vivos. Otros dos estaban tranquilos, sin moverse, arreglando sus vestiditos en los cajones. La madre estaba al lado de la pequeñita y dijo á los otros que callasen, pues la niña iba á decir su *Padre nuestro*.

Por encima de la lámpara miraba hasta la camita; la niña, sentada, apoyada en su almohadita blanca, tenía cruzadas las manos; seria estaba su carita, expresando la piedad más dulce y conmovedora.

Recitó su plegaria.

— Pero, dime hijita, interrumpió la madre, cuando has dicho: *el pan nuestro de cada día dánosle hoy*, has añadido algo que no he oído bien. Tienes que repetirme lo que has dicho.

La pequeñuela no respondió; miraba á su madre; se veía que estaba cohibida.

— Vamos, replicó la madre, ¿ qué has dicho después de *el pan nuestro de cada día dánosle hoy?*

— No os enfadéis, mamá, dijo la niña. He dicho á Dios que ponga mucha manteca en el pan.





EL ESLABÓN

Por la carretera mayor marchaba un soldado :
¡ Una, dos; una, dos ! Llevaba la mochila á la espalda
y el sable al costado. Había estado en la guerra y
volvía á la paz del hogar.

Hete que, en una encrucijada, encuentra á una
bruja. ¡ Jesús, qué fea que era ! Su labio inferior le
caía encima del pecho.

— Buenos días, valiente soldado, dijo. ¡ Qué her-
moso sable tienes y qué grande es tu mochila ! Ver-

dadero soldado me pareces; y, por lo mismo te voy á hacer tener cuanto dinero desees.

— Gracias, tía bruja, respondió él.



— ¿Ves ese árbol? replicó la vieja señalando un castaño al lado del camino. Completamente hueco es

su interior. Tendrás que trepar hasta la copa, donde hallarás una abertura y bajarás por el interior hasta el fondo. Toma esta cuerda que atarás al rededor de tu cuerpo para ayudarte á bajar y que servirá para que yo te suba cuando des la señal.

— Y ¿qué debo hacer en ese árbol? preguntó el soldado.

— Recoger dinero, dijo la bruja. Cuando hayas llegado al pie del árbol, verás una escalera que te conducirá á una gran sala abovedada, magníficamente alumbrada por más de trescientas lámparas, y á la que caen las puertas de tres salas más pequeñas; tienen las llaves en las cerraduras y podrás abrirlas.

» En la primera sala verás por el suelo una gran caja sobre la que está sentado un perro; tiene los ojos grandes como un platillo de taza de te. Pero, no te asustes; toma mi delantal de cuadros azules; no tienes más que extenderlo por el suelo, coger pronto al perro y colocarlo sobre el delantal. Luego, abrirás la caja sin que piense en morderte, y hallarás centenares de chelines de cobre; coge cuántos quieras.

» Si prefieres la plata, pasa á la segunda sala; la caja que ocupa el centro está guardada por un perro que tiene los ojos como ruedas de molino. Haz con él lo mismo que con el primero; colócalo encima de mi delantal y podrás coger en la caja cuántas coronas de plata te se antojen.

» ¿Quieres oro? Va á la tercera sala, y podrás coger de ese bendecido metal cuánto desees. Allí la caja está guardada por un perro feroz que tiene un par de ojos como dos grandes torres. Pero, no retrocedas; haz lo mismo que con los otros; cógelo por las orejas y échalo en el delantal; luego, coge el oro que puedas.

— Eso no me disgusta, dijo el soldado. Pero ¿qué pides en cambio? Pues no creo que una maldita bruja como tú haga un servicio á alguien por nada.

— Pero, éste es el caso. No pido un solo chelín para mí. Solamente tendrás la amabilidad de traerme un viejísimo eslabón que mi abuela olvidó la última vez que bajó á ese árbol.

— No tengo inconveniente. Vamos, anda, dijo el soldado, átame la cuerda al cuerpo.

Lo hizo la bruja y le dió su delantal.

El soldado, que era ágil de brazos y piernas, subió con presteza al árbol, dió con el agujero y se dejó escurrir dentro del tronco. Como la vieja se lo había anunciado, halló abajo una escalera por la que llegó á una soberbia sala alumbrada con centenares de lámparas.

No se detuvo en contar si había las trescientas que había dicho la bruja; se apresuró á abrir la primera puerta. « ¡Oh! » dijo viendo al perro con ojos como platillos que lo miraba con fijeza.

— ¡Vamos, compañero! exclamó.

Y agarrando rápidamente al animal, lo echó sobre el delantal de la bruja y llenó sus bolsillos y mochila de los chelines que había en la caja; luego la cerró y colocó encima al perro.

Pasó á la segunda sala y se halló con el perro que tenía los ojos como ruedas de molino.

— ¡ Cuánto te cansas en mirarme ! le dijo ; te vas á cansar tus hermosos ojos .

Colocó al animal sobre el delantal, y abrió la caja. Cuando la vió llena hasta los bordes de hermosas coronas de plata, nuevecitas, tiró todo el cobre que había cogido y tomó la moneda blanca que tan agradablemente brillaba.

Luego entró en la tercera sala; en efecto, allí estaba el perro con los ojos como torres; daban vueltas como movido por un mecanismo interior : era espantoso.

Embargado por lo singular del fenómeno, el soldado, que no se asustaba, se llevó la mano al morrión para saludar. Pero, recordó al momento lo que tenía que hacer : cogió al perro por las orejas, lo acostó sobre el delantal y abrió la caja.

¡ Qué agradable espectáculo ! Estaba llena de monedas de oro; nunca había pensado que se pudiese reunir tal cantidad de doblas.

« ¡ Rico soy para toda mi vida ! exclamó bailando de alegría. Cuando esté en mi casa podré comprarme todas las pipas que se me antojen, todo el tabaco de

la ciudad, todo el vino de las tabernas, y regalar á mi sobrino todos los soldados de plomo y todos los trompos que haya en las tiendas de juguetes. Vamos, ¡manos á la obra ! »

Tiró las coronas y se guardó en los bolsillos, en el pecho, en la mochila, cuantas onzas pudo; hasta se metió en las botas y en el morrión; trabajo le costaba andar. No olvidó sin embargo cerrar la caja y poner al perro encima.

Luego subió la escalera y gritó á la bruja :

— Anda, ¡ sácame de aquí !

— ¿ Tienes mi eslabón ? preguntó la vieja.

— ¡ Voto va al chapiro ! Lo he olvidado.

— ¿ Dónde está ?

— A la entrada del gran salón.

Bajó á buscar el objeto; luego la vieja, tirando de la cuerda con toda su fuerza de bruja, lo elevó hasta la cima del árbol, y algunos momentos después estaba en el camino, palpando y contemplando su oro.

— Ya eres rico, dijo la vieja. Dáme mi eslabón.

— ¿ Qué quieres hacer con él ? dijo el soldado. Algún sortilegio.

— Eso no es cosa tuya, respondió ella. Te he llenado de oro. Vamos, dáme el eslabón.

— Nada de eso. Dime al momento en qué quieres emplear el eslabón que no necesitas para tu uso ordinario, ó de lo contrario, mira bien este sable; lo

cojó y te corto la cabeza. La tierra me agradecerá librarla de una mala mujer como tú.

— Nada sabrás, dijo la bruja preparándose á castigar al soldado con algún encantamiento; pero éste, rápido como el rayo, le cortó la cabeza, y, muerta, la echó á un foso. Tendió su delantal, metió dentro el oro que tenía en el morrión y las botas, y se fué hacia la próxima ciudad.

Grande y hermosa ciudad era; entró en la fonda más suntuosa, pidió el cuarto más caro y se hizo servir sus platos de predilección. ¿No era rico? Podía refocilarse.

El criado que limpió las botas se dijo que estaban muy usadas y que no convenían á un caballero que tanto dinero gastaba. Pero al día siguiente, el soldado se vistió con ropa nueva de pies á cabeza. Cuando tuvo buena ropa y se supo que poseía moneda constante, le salieron numerosos amigos y conocidos. Le hablaron de todo cuanto era digno de verse en la ciudad, y de la corte, y del rey, y de la encantadora princesa su hija.

— ¿Sale algunas veces? preguntó. ¿Es posible verla?

— Nunca, le respondieron. Vive encerrada en una fortaleza, con torreones enormes, custodiada por una guarnición de amazonas; la murallas son de cobre macizo. Como hombres, no hay más que el rey su padre que entre en el castillo, porque un hada predijo

que la princesa casaría con un simple soldado, y esto no conviene á Su Majestad.

El soldado, por su parte, no veía nada de sorprendente en semejante matrimonio y no le habría intimidado ofrecer su mano á la princesa; pero, tenía otra cosa que hacer que pensar en ella.

Visitaba los teatros, los bailes, las diversiones; no se privaba de nada, pero daba también mucho á los pobres, recordando el tiempo en que había sido muy desgraciado, sin tener un chelín en el bolsillo. Se complacía mucho en obsequiar á sus nuevos amigos que, por doquiera, cantaban sus elogios y decían que era un caballero modelo. Estos halagos le hacían sumo placer y trataba cada vez mejor á los aduladores.

Tanto gastó que sus monedas de oro se fueron una tras otra, y un día no vió en su bolsillo más que algunas monedas. Tuvo que dejar su soberbio cuarto y vender sus trajes. Fué á vivir bajo los techos, en una posada; tuvo que limpiarse las botas y coserse los botones. Sus amigos no lo conocían ya en la calle; ninguno fué á visitarlo en su boardilla.

En breve, su fortuna se redujo á algunos chelines; por economía, no compraba siquiera bujías y se acostaba á obscuras. Una noche que había gran obscuridad y estaba en su cuarto sin ganas de dormir, recordó tener el famoso eslabón de la bruja, y dentro un pedazo de candela. Lo sacó y restregó la piedra. Al pri-

mer movimiento salió la llama; al mismo tiempo se abrió la puerta como por sí sola, y el perro con ojos como platillos hizo su entrada; se puso en dos pies y dijo en lenguaje humano:

— ¿Qué pide mi amo?

— ¿Qué es esto? exclamó el soldado. ¡Ah! lindo eslabón; he hecho muy bien de no devolvérselo á la bruja. Voy á poderme procurar de nuevo cuánto desee.

— Tráeme al momento un poco de moneda, dijo al perro.

¡Uip! El animal desapareció como un relámpago. ¡Uip! hételo de vuelta trayendo en la boca una bolsa llena de chelines de cobre.

Ensayando su eslabón, el soldado reconoció en breve que, dando un golpe, hacía aparecer el perro de la caja de los chelines; dando dos, venía el perro que guardaba las coronas de plata; dando tres, el que velaba sobre las monedas de oro. Se hizo llenar bien los bolsillos, volvió á la fonda y de nuevo compró ricos trajes. Los amigos que lo habían abandonado volvieron al momento; como era afable é indulgente, no les guardó rencor y se puso á festejarlos como si tal cosa.

Una noche que estaba cansado de placeres, se puso á reflexionar que la ciudad no le ofrecía ya nada nuevo, y entonces se le ocurrió que sería muy agradable si pudiese ver á la hija del rey que decían era una maravilla de hermosura.

« ¿Es imposible ver su rostro? se dijo. Pero, ahora

caigo : ¿ dónde está mi eslabón ? ¡ Ah ! helo aquí ! »

Dió un golpe, y el perro con ojos como platillos se halló delante de él.

— Vamos á ver, chusquel mío, dijo ; ¿ no podrías taerme á la princesa por un momento, para que admire su rostro ?



El animal desapareció y volvió un minuto después con la princesa ; estaba dormida, colocada en el lomo del perro. Era deliciosamente hermosa, y, aunque no hubiese estado tan ricamente vestida como lo estaba, todo el mundo la habría reconocido por una hija de rey. El soldado no pudo menos de besar una de sus manecitas, y la hizo llevar de nuevo por el perro á su palacio de cobre.

En la mañana del siguiente día, cuando la princesa fué á almorzar con el rey y la reina, contó que la noche anterior había tenido un sueño singular: que se había visto llevada por la ciudad en el lomo de un perro y que un soldado le había besado la punta de los dedos.

— ¡ Singular sueño ! exclamó el rey, pensando en la predicción que le atormentaba.

Y á la noche siguiente hizo que una dama de honor permaneciese cerca del lecho de la princesa para aclarar la cosa y ver si era sólo un sueño.

Entre tanto, el soldado no pensaba más que en volver á ver á la linda princesa, y, llegada la noche, mandó al perro que fuese á buscarla. El animal obedió; pero como la princesa no parecía dormir bien, fué con más dulzura que de costumbre. Esto permitió, á la dama de honor que velaba y había visto llevarse á la princesa, seguirlos hasta una gran casa donde vió entrar el perro. Hizo á la puerta una cruz con un pedazo de tiza, y, muy satisfecha de sí misma y de su vigilancia, volvió al castillo, adonde el perro volvió al momento á la princesa. Al volver, el inteligente animal vió la cruz de tiza, cogió un trozo de tiza también y hizo cruces en todas las puertas de la ciudad.

Salió esto bien. Al otro día, cuando, llevadas por la dama de honor, Sus Majestades empezaron á recorrer

las calles para ver adónde había sido llevada la princesa, el rey exclamó á la primera puerta :

— ¡ Ahí es !

— Nada de eso, dijo la reina señalando otra puerta.

Se cercioraron de que el ardid de la dama de honor había sido descubierto y que, por aquel día, las pesquisas serían infructuosas.

Pero la reina era una mujer hábil; sabía mucho más que sentarse en el trono con la corona en las sienes ó pavonearse en su coche de gala. Tenía sus tijeras de oro; cortó algunos pedazos de seda y hizo una bolsa bastante grande para contener algunos puñados de harina de maíz. Por la noche cosió esta bolsa á la espalda de su hija después de haber hecho un agujerito por el que la harina debía caer al menor movimiento de la princesa.

Por la noche, el perro fué á buscarla y la llevó á casa del soldado que, muy contento de ver su rostro seductor, se desconsolaba por no poder ser príncipe para pedir la mano de la princesa.

Esta vez el perro no vió nada; no vió la ligera huella de harina que iba del castillo al cuarto del soldado. Al otro día, de mañana, cuando el rey hacía su inspección, supo á qué atermarse; hizo arrojar al soldado en un calabozo y ordenó le formasen proceso.

Hete al pobre mozo en la mazmorra sombría y húmeda. Un hombre larguirucho, con cara puntiaguda,

vestido con túnicas negras, vino á leerle con lentitud la sentencia que lo condenaba á ser ahorcado. Le era indiferente, pero lo que sentía era haber olvidado su eslabón.

Al otro día, por refinamiento de crueldad, lo llevaron á una mazmorra del piso bajo, desde donde podía ver los preparativos que se hacían para ahorcarlo, en la plaza, por entre los barrotes de la ventana.

El gentío acudía para ver levantar la horca; los soldados llegaron con el tambor á la cabeza á formar el cuadro. El soldado vió, corriendo más que los otros, un aprendiz de zapatero que no se había quitado siquiera su delantal de cuero. Corriendo, perdió un zapato y tuvo que pararse un instante, para pornérselo, delante de la ventana en que estaba el condenado.

— Díme, amiguito, dijo el soldado, no te apresures tanto; no pueden comenzar sin mí. Conque así tienes tiempo de ganar estos diez chelines, si quieres ir á mi casa y traerme mi eslabón que me he dejado olvidado encima de la chimenea.

El muchacho vió el cielo abierto; fué á coger el eslabón, lo entregó al soldado, y éste le echó los diez chelines.

¡ Ahora, cuidado con lo que va á seguir!

Los polizontes fueron á buscar al condenado y lo llevaron al pie del patíbulo, rodeado por una guardia numerosa que mantenía á miles de espectadores. El

rey y la reina, en un trono, estaban rodeados de toda la corte, en un estrado. Todos querían gozarse en la agonía del temerario que había estado á punto de realizar la predicción del hada malévola.

El pobre soldado, que tenía las manos atadas, estaba ya en lo alto de la escalera, y el verdugo iba á pasarle la cuerda al cuello, cuando hizo observar que los más grandes criminales, en el momento de morir, obtenían, según la costumbre, la gracia de satisfacer algún deseo inocente; que él pedía sólo una cosa, y era fumar una pipa.

El rey, á quien fueron á consultar, no quiso faltar á la costumbre; y el soldado, con las manos desatadas, recibió una pipa bien llena de tabaco.

Tomó su eslabón y dándole dijo: « Una; una dos; y más dos, tres. » Al instante los perros, fieles á la llamada, se hallaron á su lado. Los guardias, asustados á la vista de aquellos animales de ojos monstruosos que despedían llamas, retrocedieron.

— ¡ Libertadme, buenos perros! exclamó el soldado. Al momento los tres animales, derribando al verdugo, á sus ayudantes, guardias, arqueros y curiosos, los amontonaron, y el resto huyó.

— ¡ Qué traigan cañones! dijo el rey.

Pero el perro de ojos como torres saltó al tablado y echó abajo á Su Majestad, haciendo otro tanto con la reina. No se malaron, porque no cayeron sobre el

suelo, sino sobre la gente que los perros habían tirado por el suelo ; pero, perdieron el respeto de sus súbditos y al momento se vieron destronados.

Por orden de su amo se detuvieron; vuelto de su sorpresa, el pueblo aclamó el soldado y gritó :

— ¡ Ah ! valiente hombre, eres digno de reinar sobre nosotros y de casarte con nuestra princesa.

Y subió en el carruaje real, y al galope fué al palacio con los tres perros delante. Los chicuelos corrían detrás gritando. La guardia presentó las armas, y bajaron el puente levadizo.

La princesa salió de su cárcel, y la boda se celebró al momento ; duró quince días enteros ; los perros fueron colocados en la mesa de honor.

El nuevo rey y la reina fueron muy felices, y el anciano rey, que se consolaba de haber perdido su corona con sus nietos, reconoció que había hecho mal en oponerse tanto á que se realizara la predicción del hada.

FIN

